

EL VELO RASGADO

Yeray Campos Gracia

Las últimas luces del día se tornaban rojizas y el hayedo proyectaba su sombra sobre el Camino Real. Las noticias habían convertido aquel bosque en una presencia amenazante, pues los escasos viajeros que venían del este informaban de que enormes trolls antropófagos se habían asentado entre sus árboles. «Venidos del norte», decían, como todos los males que amenazaban Eriador en aquellos días.

Por ello, el jinete iba a buen trote y con la espada siempre a mano. Sabía que iba a ser noche abierta y prefería seguir adelante, iluminado solamente por la luz de las estrellas y la luna, antes que detenerse y acampar.

Él era un viajero experto, pero sus pasos lo habían encaminado casi siempre hacia el oeste, a mantener embajadas con los elfos de los Puertos Grises o, más recientemente, a las fronteras septentrionales del reino, que eran asaltadas por las criaturas malignas que surgían de las tinieblas que se habían alzado en Carn Dûm. Rara vez había traspasado la frontera oriental y nunca lo había hecho solo. Sin embargo, las circunstancias hacían que un viaje en solitario fuera lo más oportuno.

Aullidos y gritos histéricos llegaron desde el otro lado de una curva del camino. El jinete espoleó a su montura para averiguar de qué se trataba: una escena terrible apareció ante sus ojos. Alguien subido a un poni empuñaba un hacha de tonelero como único arma, se trataba de un enano. El poni arrastraba un pequeño carro cargado con cuatro barriles de cerveza, pero en ese momento tanto el pequeño jinete como su montura se habían detenido, rodeados por media docena de figuras oscuras montadas sobre enormes lobos.

—Orcos... —gruñó entre dientes el viajero, como si pronunciase una maldición.

Los orcos daban vueltas alrededor del carro, sin atreverse a atacar pero estrechando cada vez más el cerco. El enano les gritaba amenazas y ellos le respondían con burlas, sacaban sus lenguas y agitaban sus cimitarras en el aire.

Un poderoso brinco del caballo bastó para superar el anillo de los lobos y que el jinete se colocase, la espada desenvainada, entre ellos y su presa. Los orcos dejaron de dar vueltas y varios retrocedieron, acobardados. Pero darse cuenta de que su adversario era solamente uno les hizo envalentonarse de nuevo y comenzaron a apretarse entre ellos, mientras sus bestias enseñaban los dientes.

Fue en ese momento que el viajero se fijó en que dos enanos yacían ya muertos a los pies del carro. Se habían tratado de defender, porque en sus manos todavía llevaban las barras de hierro que se utilizan para manejar los toneles, pero no eran armas auténticas y el combate había sido desigual.

—Marchaos. Este es el camino del rey y está vedado a la calaña de Angmar —dijo el jinete, sereno, apuntando con su espada a los enemigos.

Los orcos se rieron con voces gritonas, pero ninguno aceptó el desafío hasta que el más grande de ellos, que montaba sobre un lobo negro con el hocico lleno de cicatrices, se separó del resto. Era una criatura robusta, con brazos largos y peludos. Su cabeza estaba

oculta por un yelmo de negro acero, pero el brillo amarillento de sus ojos podía verse a través de las rendijas de la celada.

—Nos llevaremos al enano y nos comeremos a tu caballo. A ti te sacaremos las tripas, *tarko* infecto. —El cabecilla pronunciaba la lengua común de una manera horrenda y gutural. El resto celebró las palabras de su líder con aullidos, gritos e insultos. Sin embargo, el viajero permaneció impassible.

No hubo más dudas por parte del jefe de los orcos. Su bestia dio un salto y se lanzó con las fauces abiertas al cuello del caballo; pero el jinete respondió con un hábil espadazo que cercenó la cabeza del animal de un solo golpe. La negra testa del lobo cayó rodando a un lado y el orco se precipitó al suelo.

El enemigo se levantó de un salto y sostuvo su cimitarra con las dos manos. Al haber sido derribado, se le había salido el yelmo y mostraba un rostro ancho, con la gran boca babeando de odio. El viajero descabalgó y durante unos instantes ambos se midieron. El orco era mucho más bajo, pero aún así fuerte y peligroso. Los metales entrechocaron varias veces antes de que el viajero atravesase el pecho del enemigo con su espada.

Cuando el resto de jinetes de lobo vieron caer a su jefe, el terror les invadió y se internaron en el bosque desordenadamente. Pasaría mucho tiempo antes de que la patrulla volviera a atreverse a asaltar aquel camino.

El enano bajó del poni. Peinaba una larga barba gris que en otro tiempo había sido oscura y llevaba una capucha de color azul celeste.

—Os debo la vida. Náli hijo de Vali, a vuestro servicio, mi señor... —dijo, mientras se inclinaba en señal de reverencia.

El viajero en ese momento limpiaba con un paño su espada de la negra sangre del orco. Miró al enano y le colocó una mano sobre el hombro para que dejara de inclinarse.

—No es bueno que existan secretos entre quienes hay deudas de sangre, maese Náli. Te diré que me llamo Hirgon y que soy embajador de Arthedain. Y, para que no haya mentiras, te diré también que ese no es mi verdadero nombre, pues la misión que me encomendaron me obliga a usar uno falso.

Náli solo podía sentir agradecimiento por su salvador y, aunque sintió curiosidad, no dijo nada más. Sus ojos se clavaron en los cuerpos de sus compañeros y no pudo evitar que dos lágrimas resbalaran por sus mejillas hasta perderse en su barba.

—Murieron con honor. Siento tu pérdida, te ayudaré a enterrarlos.

—Has hecho bastante por este enano, mi señor Hirgon. Eran mis parientes, debo hacerlo solo. —El enano se agachó y cerró los párpados de los dos caídos, mientras susurraba unas palabras en su idioma ancestral.

—En ese caso, permaneceré a vuestro lado y haré guardia. No sea que a esos orcos se les ocurra volver.

—Esas cobardes criaturas... ¡Este camino antes era seguro para los comerciantes!

—No lo es ya, al parecer. Los hombres de la colinas han descuidado la vigilancia.

Los Enanos guardan su idioma como un secreto que procuran no compartir nunca con extranjeros. Pero Náli realizó el ceremonial completo y pronunció las palabras que debían pronunciarse en una situación como aquella. Del carro pendía un candil y bajo su débil luz, el enano apartó los cuerpos de sus camaradas a un lado del camino. Después, sacó una azada de entre sus bártulos. La había llevado por si las ruedas se quedaban atascadas en el barro. Con

gran habilidad y fuerza de sus manos, cavó dos zanjas. Poco después, los dos cuerpos recibieron una sencilla sepultura y marcó los lugares con las barras de tonelero.

Mientras tanto, Hirgon arrastró el cadáver del jefe orco hasta el bosque y allí lo dejó, para que fuera devorado por las fieras. Después permaneció al lado del enano, con la mano sobre la empuñadura de su espada.

Cuando Náli hubo terminado, se prometió que volvería un día para desenterrar a sus parientes y llevarlos a reposar eternamente junto a sus padres en las Ered Luin.

—Gracias por la espera, mi señor. Ahora mi deuda es doble y ten por seguro que la pagaré con creces. Hoy has hecho un amigo y un servidor. Pero antes de hacerlo, debo llegar a mi destino y hacer mi entrega, pues nunca antes la cerveza de Náli ha llegado tarde.

Hirgon subió de nuevo a su caballo. Era conocedor de que los Enanos nunca fallan a la palabra dada y que, en tiempos oscuros como aquellos, las verdaderas amistades resultaban más valiosas que nunca.

—Te tomo la palabra, Náli hijo de Vali. Pero quizá podamos acompañarnos durante un trecho. ¿Dónde debes entregar el pedido?

—Partí de las Montañas Azules con mis dos compañeros, y a la Colina Retorcida me dirijo. El rey de Rhudaur se casa y ha encargado cuatro barricas de mi mejor género.

El viajero sonrió. Días atrás había partido de Fornost, determinado a emprender ese viaje en solitario, sin llevar con él guardias ni asistentes de ningún tipo. Vestía con humildes ropas de caminante, aunque llevaba una cota de mallas por debajo de la ropa y su espada era antigua y de buen filo. Sin embargo, también había decidido mantener el corazón abierto a cualquier compañero que los hados decidieran ponerle por delante.

—Entonces ha sido el destino quien ha querido reunirnos, pues yo también voy a esa que has llamado la Colina Retorcida y antes llamábamos Cameth Brin. Y lo hago, además, para participar en la misma ceremonia. No pensaba reposar esta noche, sino que te propongo continuar hasta que debamos abandonar el Camino Real, después atravesemos el bosque y remontemos el curso del Fontegrís.

—Excelente, excelente. Nos haremos compañía y yo quizá encuentre la oportunidad de devolver los favores de hoy. —Náli se sacudió las manos llenas de tierra y, con un golpe de las riendas, indicó al poni que se pusiera en marcha.

No descansaron hasta que despuntó el alba. Para entonces, ya recorrían la abrupta senda que, partiendo del Camino Real, seguía por el norte hasta la capital de Rhudaur. Habían pasado la noche intercambiando canciones y noticias, sin que ningún otro mal se atreviera a molestar a los viajeros.

Cuando el sol garantizó que los peligros de la noche habían quedado atrás, hicieron un alto y descansaron junto a la cantarina corriente del río. El hombre que viajaba bajo un nombre falso resultó ser un hábil pescador y dos truchas acabaron en la hoguera, y fueron compartidas por los dos compañeros, bien regadas con la mejor cerveza enana que se podía beber al oeste de las Montañas Nubladas.

—Trata de dormir un poco, maese Náli. Si continuamos a media tarde, llegaremos antes de que anochezca de nuevo.

El enano se había recostado con la espalda apoyada en un árbol. En su larga vida había tratado con muchos Hombres, pero pocos como aquel viajero que hablaba con voz firme y, a la vez, se mostraba tan considerado.

—Mi señor, anoche me dijiste que también os dirigís a la boda del dueño de estas tierras. Pero observo que no llevas puesta librea de embajador. ¿No habría sido más seguro viajar con ella?

Los ojos grises de Hirgon se posaron sobre el enano y soltó una alegre carcajada.

—Es un pueblo perspicaz el de los Enanos. En efecto, no llevo librea, porque a diferencia de los maestros cerveceros, los representantes de Arthedain no hemos sido invitados a este casamiento.

El enano gruñó en señal de asentimiento. Pensó que su compañero era un hombre extraño y que también extraña debía ser la misión que lo empujaba a cabalgar bajo un nombre falso y presentarse en una boda sin haber recibido invitación. Pero no dijo nada, pues había prometido devolver la deuda contraída con aquel hombre. Entre estos pensamientos y con la ayuda del arrullo del río, se acabó por quedar dormido, mientras Hirgon guardaba su sueño.

Durante toda su infancia en el Ángulo, si algo había amado Milo Conejera había sido el olor del pan recién horneado. Era el aroma con el que despertaba cada día. Un buen desayuno: pan, mantequilla, mermelada de moras y un té bien caliente. Pero en aquellos días había llegado a odiar aquel olor.

Lo odiaba porque hacer el pan ya no era un acto de amor. El amor que su madre había sentido por sus cuatro hijos. El amor que él había sentido cuando aprendió la profesión de panadero y sus habilidades eran celebradas por toda la aldea. Además de las clásicas hogazas redondas, Milo era capaz de producir todo tipo de variedades: flautas suaves y delgadas, bollos de leche, galletas para el camino, trenzas, roscas y el celebrado pan preñado de las fiestas, que era horneado con una jugosa salchicha en su interior.

Panes, en definitiva, para todas las ocasiones y cualquier hora del día. Porque el pan del desayuno debe ser muy nutritivo y se pueden usar harinas más pesadas que para el que debe acompañar el té de la tarde. Y hay panes que son muy buenos para hacer un bocadillo y, sin embargo, se quedan secos y no valen para nada al día siguiente, salvo para rallarlos y utilizarlos para empanar pescado «¡El pan del viejo Conejera es el mejor pan de todo el Ángulo!» se decía en todas las aldeas de hobbits. Y eso era para él el mayor de los orgullos y de las felicidades.

Por eso, era una verdadera injusticia y una vergüenza para él haber llegado a odiar aquel olor ahora que venía acompañado de la amenaza constante de un pescozón por parte del capataz si las hogazas no salían de la forma exacta que exigía el Mayordomo del castillo para alimentar al señor y sus invitados. Llevaba tres primaveras trabajando en aquellas cocinas, que no eran las suyas, cocinando para la Gente Grande manjares que él jamás probaría.

—Esa harina no va a amasarse sola, marido —dijo Lavanda, sin levantar la vista del caldero. Su tono de voz era a un tiempo urgente y cariñoso, enternecida como siempre por las ensoñaciones de su marido, pero temiendo que volvieran a descargar los latigazos sobre los dos.

Si un dolor atenazaba el corazón de Milo, ese era el de ver los peludos pies de su esposa sujetos por grilletes. Habría preferido mil veces que se lo llevaran solo a él y que ella

hubiera seguido tranquila en la aldea. Su cautiverio, entonces, habría sido mucho más solitario, pero también menos amargo.

—Sí, querida, lo siento. Hoy vendrán muchos invitados... —respondió, mientras sus hábiles manos manejaban la masa hasta dejarla lista.

—¡Silencio ahí, ratas! —gritó el capataz. Era un hombre robusto y sentía auténtico placer cuando convertía las vidas de los dos hobbits en un infierno. —¡Hoy trabajaréis hasta tarde, han venido todos los jefes de los clanes y habrá una cena en honor al rey!

Otra cena en honor al rey. Milo no podía imaginar tantas hazañas como para hacer a aquel rey digno de honores tan frecuentes. Como todos los Hobbits, tenía tendencia a decir sus pensamientos en voz alta, pero aquella vez logró reprimirse: el capataz sostenía una pala de madera y la golpeaba contra la palma de su mano de manera amenazadora.

El trabajo era muy exigente y él sentía hambre. Tanto él como Lavanda se habían quedado demasiado delgados para lo que se considera apropiado para dos hobbits honrados. Sus amos los alimentaban con poco más que pan y agua, a parte de lo poco que lograban hacer desaparecer de la mirada atenta del malvado capataz.

Hubo mucho revuelo ese día. Al castillo no dejaban de llegar más y más hombres. Personas enormes y ruidosas que eran recibidas por el rey en su salón y después acampaban en los alrededores de la fortaleza. Era tan grande el bullicio, que a Milo le sorprendió cuando, en cierto momento, el castillo entero pareció enmudecer.

En ese momento, un desconocido entró a las cocinas.

—Eh, pequeño cocinero, ¿puedes ayudarme?

Milo lo miró de arriba a abajo, sorprendido. El desconocido era más alto que él, y también más fuerte, pero no tan alto como la Gente Grande. Llevaba una capucha azul y una larga barba y trataba de mover un barril de cerveza hasta las cocinas utilizando una vara de hierro como palanca. El hobbit trajo a su memoria las canciones que había escuchado en su infancia y supo que aquel solo podía tratarse de un enano.

—Sí... Sí —respondió, y se apresuró a ayudar al recién llegado. Al moverse, el tintineo de sus cadenas llamó la atención del enano.

—Eres cautivo... ¿Cómo? ¿Qué clase de crimen puede haber cometido un cocinero tan pequeño?

—¡Ningún crimen, señor! —exclamó Lavanda, desde el fondo de las cocinas. —Mi marido y yo estamos aquí injustamente. ¡Sí, injustamente, porque el impuesto que reclamaban era...!

—Lavanda. No creo que a este señor le importen nuestros problemas.

La mujer se entristeció, pero no siguió hablando y volvió a trabajar con el enorme caldero, mientras Milo ayudaba a meter los cuatro barriles que debían servirse durante las celebraciones. Además de la cerveza, días antes había llegado un cargamento de vino comprado a los dunlendinos de las Tierras Brunas, y también hidromiel de más allá de las montañas.

—¡Menuda fiesta están preparando! —Se admiró el enano.

—Sí... Viene una importante princesa a casarse con el rey. Una dama muy distinguida —dijo Milo. En realidad, repetía lo que había oído decenas de veces, pues no tenía ni idea de por qué una dama distinguida necesitaba tantos licores.

El enano extendió la mano en señal de amistad.

—Gracias por tu ayuda. Soy Náli, hijo de Vali. Nunca había visto a gentes tan pequeñas como vosotros.

—Milo Conejera. Y mi esposa se llama Lavanda. Somos Hobbits y entre nuestra gente tenemos una altura bastante común —dijo el hobbit, apretando la mano del enano con una sonrisa.

—Venga a probar este guiso, señor enano. ¡Está delicioso! —llamó Lavanda, olvidando por un momento que aquellas no eran sus cocinas y que Náli no era su invitado.

Náli obedeció y un cucharón de madera bien lleno de sopa, patatas y carne fue aproximado a su boca. El olor era exquisito y eso resultaba una sorpresa. Al llegar allí, el interior del castillo le había parecido lúgubre y destartado y nunca habría imaginado ser recibido con una cocina tan delicada.

—Sople, señor enano, porque está muy caliente —rió Lavanda.

Antes de que pudiera probar bocado, apareció el capataz en las cocinas.

—¿Qué estáis haciendo, pequeñas sabandijas? ¡Dejad en paz al enano y volved al trabajo! —gritó, dando golpes con la pala sobre los muebles. —A él no le interesan vuestras tonterías. ¡Hoy tendréis solo media ración!

Náli miró al hombre con desaprobación y negó con la cabeza.

—Calma, calma. Ha sido culpa mía, soy yo quien les ha distraído de su trabajo.

—Entonces sal de aquí y dedícate a tus asuntos, enano —dijo el capataz, situándose delante, amenazador.

El cervecero sintió ganas de darle un buen puñetazo a aquel hombre tan molesto y malcarado. Pero él era extranjero en aquel castillo y además un invitado que no permanecería allí mucho tiempo, mientras que los dos pequeños cocineros tendrían que seguir allí quien sabe cuánto. Prefirió abandonar la cocina antes que perjudicarlos.

—¡Milo! —chilló el capataz. —Sirve vino, el rey está reunido con una especie de emisario, o algo similar. Un tipo muy estirado.

El hobbit se apresuró en poner una jarra de vino y dos copas de plata sobre una bandeja y dirigirse al salón del trono, pero se detuvo antes de entrar por miedo a interrumpir alguna importante conversación. Antes de hacerlo, echó un ojo al interior desde el umbral de la puerta.

Elevado sobre un estrado se encontraba el rey, sentado en una gran silla de madera que hacía las veces de trono. Sus músculos estaban en tensión y se agarraba a los reposabrazos de la silla como si temiera caerse de ella en cualquier momento. De pie y a su derecha, el Mayordomo le susurraba al oído.

El Mayordomo no era un hombre de las colinas. Su piel era cetrina y sus ojos rasgados. No conversaba con nadie, salvo con el rey, excepto si se trataba de dar órdenes. Y era viejo. Viejo y sabio, según decían, aunque Milo no había tratado nunca con él directamente. Sin embargo, lo temía más que a ningún otro hombre, incluido el violento capataz de las cocinas. Vestía con ropajes largos y elegantes de un vivo color rojo y adornaba su cuello con varios collares de oro brillante. Había llegado a la Colina Retorcida mucho antes que los hobbits y nadie sabía su nombre, pues lo guardaba como un secreto.

Frente a ellos, en pie, había un hombre que el pequeño panadero no había visto nunca. Desde la puerta, solo podía ver su figura de espaldas, pero le pareció que era muy alto. Más

alto que cualquiera de los hombres de las colinas. Tan alto que, si él y Lavanda se pusieran uno encima del otro, no superarían su estatura.

—Mis hombres dicen que te niegas a dar tu nombre —dijo el rey, después de escuchar los consejos del Mayordomo.

—Es costumbre en el Oeste dar el propio nombre antes de demandar el ajeno —respondió el visitante, sereno.

—¡También lo es presentarse al soberano cuando así lo demanda! —El rey clavó aún más sus dedos en los reposabrazos y se inclinó hacia adelante, airado.

El visitante sostuvo la mirada del rey durante unos segundos y después, lentamente, inclinó la cabeza y se llevó la mano al pecho.

—Escuchad entonces, rey Brona: soy Hirgon, hijo de Elphir. Y vengo como embajador de mi rey Malvegil. Los caminos son cada vez más peligrosos, mi señor, pues no recibimos al emisario que debía invitarnos a vuestro enlace.

Aquella presentación despertó la curiosidad de Milo, que acabó por acercarse con la bandeja en alto. El tintineo de sus cadenas hizo que el visitante se girase hacia él, por lo que pudo verle el rostro por primera vez.

El hobbit nunca había visto a un hombre como Hirgon. Su cabello era liso y oscuro como el azabache y lo llevaba sujeto por una diadema de cobre. Su rostro era el de un hombre que todavía no ha abandonado la juventud y, en cambio, sus ojos grises parecían reflejar la sabiduría de quien ha visto muchos inviernos. Pero había algo más en ellos que Milo no había visto en ningún otro miembro de la Gente Grande en aquel castillo: lo miraban con infinita compasión.

A un gesto del rey, el hobbit se acercó todo lo rápido que le permitieron los grilletes. Sirvió vino sobre una de las argénteas copas y se la entregó. El rey tomó el recipiente sin siquiera dirigirle la mirada, bebió su contenido de un solo trago y se limpió la barbilla con el antebrazo.

—Dices que vienes como embajador de Arthedain... Sí, es una suerte que las noticias de mi boda hayan llegado a oídos de tu rey, pese a lo ocurrido con nuestro heraldo. Una verdadera lástima... —A pesar de sus palabras, el rey Brona parecía completamente contrariado.

Milo caminó entonces hasta el visitante y le sirvió vino en la otra copa. Hirgon se puso a su altura para recogerla con delicadeza. Después, erguido de nuevo, dirigió su copa al rey en señal de respeto, dio un corto trago y volvió a ponerla sobre la bandeja.

—¿Soy bienvenido, entonces? —inquirió.

El Mayordomo susurró de nuevo unas palabras al oído del soberano de Rhudaur. Éste torció el gesto, pero asintió.

—Ordenaremos que os prepararen unos aposentos y den paja y agua a vuestro caballo, Hirgon de Arthedain. Yo, el rey Brona, te declaro bajo mi protección mientras permanezcáis en mi reino. Llegáis a tiempo para gozar de mi hospitalidad, pues mi prometida no llega hasta mañana. Esta noche podéis acompañarnos en la cena con los jefes de los clanes, serás mi invitado de honor. —Una mueca similar a una sonrisa apareció en el rostro del rey.

—Vuestras palabras me honran, rey Brona. Ahora, quisiera tratar algunos asuntos sobre la seguridad de la frontera septentrional. Veréis, los ataques de los orcos...

—¡No! —gritó el rey, crispado. —Quiero decir, que no es el momento ni el lugar para hablar de ello. Habrá tiempo después de la boda para tratar el asunto de las fronteras, pues hay mucho que tratar y no es Arthedain el único reino con reivindicaciones al respeto. Ahora, retírate.

Hirgon no protestó: realizó una leve reverencia y se dio la vuelta. Abandonó el salón del trono, no sin antes lanzar una última mirada piadosa al hobbit.

—¡Tú, tráeme más vino! —gritó el rey, y esta vez Milo tuvo que correr tan rápido que por poco se tropezó con los grilletes.

Cuando Milo volvió a la cocina, su esposa se disponía a meter al horno varios cochinillos que serían servidos durante la cena y que había relleno con frutos secos y manzanas. Los dos hobbits llevaban días durmiendo muy poco y las ojeras se marcaban en los ojos de Lavanda. Con todo, sonrió sinceramente al ver volver a su marido.

—Milo. ¿Todo bien? ¿De dónde venía ese emisario estirado?

—No era estirado, querida mía. Era apuesto y amable. Era... era exactamente como los príncipes de los cuentos, si tal cosa pudiera ser posible.

—¡Ay! ¿No será que tú también probaste de ese vino? —rió Lavanda.

El marido rió también y se puso a preparar los pasteles de mantequilla que servirían como aperitivo. Se preguntaba si esos pasteles gustarían a los jefes de los clanes. ¿Quién podía ser tan salvaje como para rechazar un delicioso pastel de mantequilla? En cualquier caso, seguro que ese tal Hirgon los apreciaría. Y también Náli, si es que habían invitado a cenar también a su nuevo amigo, el enano. La idea de cocinar para aquellas dos agradables personas dio nuevos ánimos a su espíritu y los pasteles salieron tan bien cocidos como los que sacaba para los cumpleaños de sus parientes de su propio horno, allá en el Ángulo.

Hasta que llegó la noche, en las cocinas se sucedieron gritos y reprimendas del capataz. Los vasallos del rey Brona iban llenando el gran comedor y todo debía estar listo para cuando comenzase la cena de recepción.

Un guardia llamó al capataz, que volvió muy serio al cabo de un rato.

—Ven aquí —dijo, dirigiéndose a Milo.

El hobbit obedeció y el capataz le entregó en la mano una bolsita de tela.

—El emisario de Arthedain es el invitado de honor del rey Brona esta noche y será él quien abra el primer brindis. Quiero que añadas estas especias a su jarra de cerveza. Le darán un sabor especial que le recordará a su tierra. Son órdenes del Mayordomo, ¿has entendido, sabandija?

Milo asintió y el capataz abandonó de nuevo la sala, dejándolo con la bolsita en la mano. Al hobbit le sorprendió que el Mayordomo se hubiese vuelto de pronto tan detallista y atento con los invitados y quiso saber de qué especias se trataban, así que metió su nariz en la bolsa y las olió. No las reconoció, no se trataba de cilantro, ni hibisco, ni jengibre. Tampoco reconoció el olor de la canela, canela, el cardamomo o la nuez moscada. Su aroma era completo enigma: sutil, muy sutil.

Lo intentó un vez más y esa vez un ligero picor invadió sus fosas nasales. En el primer intento no había podido sentirlo, pero en aquel momento una idea acudió rauda a su mente: algo no estaba del bien con aquellas especias.

Lavanda se asustó al verlo: el rostro de Milo se había vuelto de un color tan blanco como el de la ropa recién lavada.

—¿Estás bien, marido?

—Sí —respondió Milo, tratando de recuperar la compostura. —No te preocupes. Será mejor que te quedes aquí recogiendo. Yo serviré la cena, hay muchos guerreros en el comedor y pronto estarán borrachos.

Las jarras ya habían sido distribuidas entre los comensales, pero el hobbit debía servir la primera, aquella que entregaría al emisario de Arthedain y sobre la que debía verter las extrañas especias. ¿Qué pasaría si no lo hacía? Seguramente se enfadarían mucho con él y le harían daño. Peor todavía, le harían daño a su querida Lavanda. Habría estado dispuesto a recibir cualquier tipo de tormento con tal de seguir su buen instinto, pero no podía soportar la idea de que hicieran sufrir a su esposa.

Con una mano temblorosa abrió el grifo del barril y, con la otra, sostuvo la jarra para llenarla.

—¡Cuidado, pequeño amigo! ¡Así solo lograrás que sea todo espuma!

Milo cerró el grifo alarmado y se dio la vuelta, como aquel al que cogen cometiendo un crimen terrible. Pero solo encontró la mirada amable de Náli.

—¿Estás bien, muchacho? No dejas de temblar. Ven, yo te enseño como se hace. Verás que no es tan difícil

El hobbit se quedó paralizado, incapaz de mirar al enano a la cara.

—¿Va todo bien? —dijo el cervecero, esta vez en un tono mucho más serio, mientras agarraba a Milo del hombro con firmeza.

El otro rompió a llorar. Quería, de nuevo, ser solo un pequeño panadero y no un esclavo. Peor que eso, estaba a punto de convertirse en el cómplice de quién sabe qué terrible mal contra aquel hombre. Aquel que, además, nada le había hecho salvo mirarlo con compasión y tristeza. Por primera vez, movido por la desesperación, Milo se atrevió a confiar en alguien que no era de su aldea y, entre sollozos, le contó todo al enano.

El enano gruñó y cruzó los brazos.

—No te preocupes, pequeño amigo. Sirve la jarra tal y como te han dicho. El viejo Náli se encargará de todo.

El gran comedor estaba lleno. Se trataba del viejo salón principal de aquella antigua fortaleza, construida mucho tiempo atrás por una estirpe de Hombres más hábiles y sabios que los que la habitaban entonces. En la mesa principal estaba el rey con el Mayordomo y los principales caudillos. Hirgon se sentaba en un lugar de honor a la izquierda del propio Brona. Frente a ellos, se habían dispuesto tres mesas llenas de hombres de las colinas que bebían hidromiel, tragaban y vociferaban.

No hubo silencio hasta que el rey Brona se levantó y solo después de que hiciera callar a gritos al resto.

—Mis queridos hermanos, hombres de Rhudaur, os habla vuestro rey. Habéis sido invitados a mi boda, una boda de gran importancia porque significa que la alianza con Cardolan se hace más firme. ¡Nunca más nuestro reino combatirá solo!

Un grito de aprobación y golpes sobre las mesas fue la respuesta. De nuevo, el rey hubo de demandar silencio a gritos.

—Hoy nos acompaña un invitado especial: Hirgon de Arthedain —continuó Brona, en cuanto pudo hacerse escuchar de nuevo. El emisario no cayó en la trampa de levantarse, pues sabía que solo recibiría abucheos de parte de aquellos hombres odiosos. —Sí, las relaciones con su reino no han sido siempre buenas. Pero debéis saber que gracias a él hoy beberéis la mejor cerveza de las Montañas Azules, traída por el enano Náli.

Una vez más, los gritos y golpes sobre las mesas invadieron la sala. Náli se encontraba sentado entre aquellos hombres y les siguió el juego. Antes de que el rey siguiera hablando, el capataz dio un puntapié a Milo, que se dirigió hasta Hirgon llevando una jarra de cerveza en una bandeja.

—¡Silencio, silencio! —gritó el rey, una vez más. —Rhudaur desea la amistad de Arthedain y, en virtud de esa amistad, quiero que sea su embajador quien haga los honores de iniciar la primera ronda de esa cerveza magnífica. Esta vez sí, Hirgon se levantó y fue a tomar la jarra de la bandeja que le ofrecía el hobbit.

—¡No señor, no pienso permitirlo! —gritó Náli, poniéndose en pie.

El rey le dirigió una mirada ansiosa.

—¿El qué? ¡Habla! —bramó el rey.

—Disculpad, rey Brona. Pero es costumbre entre mi pueblo que en presencia del rey sea siempre él quien tome la primera jarra. Lo contrario es de mal agüero y podría estropear la cerveza...

—¡Enano supersticioso! Se hará como yo diga.

En medio de este intercambio de palabras, el emisario pareció comprender el peligro que se cernía sobre él. Pensó que no sería inteligente forzar al rey a que probase él la bebida, pero tampoco estaba ya dispuesto a tomarla. Tampoco era posible fingir que bebía y derramar su contenido, había demasiados ojos mirando.

—Mi señor rey Brona —dijo, en tono solemne. —No quisiera ofenderos a vosotros, mis nobles anfitriones, ni tampoco a las costumbres de los Enanos. Permitidme pues que brinde a vuestra salud y por la prosperidad de vuestro reino y no toque esta jarra. Que otra sea servida para vos y de esta forma, los dos honraremos las tradiciones, yo brindando y vos tomando el primer trago.

La duda se apoderó del rey Brona. Pensó que, si seguía insistiendo ante tales argumentos, corría el riesgo de levantar las sospechas del de Arthedain. Buscó con la mirada a su Mayordomo, que en aquella ocasión no le prestó ninguna ayuda y, finalmente, no pudo hacer otra cosa que conceder que se hiciera de la manera que Hirgon proponía.

Tras el brindis, fueron trayendo los deliciosos platos que la pareja de cocineros había preparado durante la tarde y, en medio del ir y venir, la jarra de Hirgon fue derramada sin que nadie reparara en ello. Con la cerveza, también se perdieron las dañinas especias.

El embajador quiso aprovechar su proximidad al rey para tratar de obtener algo de información valiosa. Si, como había intuido, habían intentado acabar con su vida, era muy probable que acabaran por expulsarlo, así que no podía derrochar aquella oportunidad.

—Rey Brona, permitidme haceros un par de preguntas.

En ese preciso momento, el soberano de Rhudaur arrancaba un pedazo de carne de la pata de un cochinillo asado y se limitó a responder con un gruñido a su inoportuno invitado.

—Veo que entre vuestros vasallos no hay ninguno de mi raza.

La pregunta hizo que el rey estuviera a punto de atragantarse. Bebió un trago de cerveza y clavó sus ojos en Hirgon.

—¿De tu raza, dices? ¡Maleantes y bandoleros, eso es lo que son! Cuando los jefes de los guerreros me nombraron rey, ellos se negaron a reconocer mi autoridad y se echaron a los caminos.

El Mayordomo, sentado a la diestra del rey, hizo un sonido con la garganta. Brona no siguió hablando y volvió a preocuparse por dejar limpios los huesecillos del cochinillo. El gesto no pasó desapercibido para Hirgon, que aprovechó para dirigirse directamente a aquel extraño individuo.

—Señor Mayordomo, no era mi intención molestar al rey con mis preguntas, quizá será mejor que os pida directamente audiencia a vos. Así podréis explicarme por qué Rivendel no ha sido invitado a la ceremonia. Elrond y sus hijos siempre han sido buenos amigos de nuestros reinos.

Aquel hombre cetrino llevaba una larga perilla de chivo, que atusó con los dedos mientras escudriñaba al embajador con la mirada. No había probado bocado durante toda la cena y su único motivo para estar presente parecía ser el de vigilar las conversaciones del rey.

—Sois nuestro invitado, Hirgon hijo de Elphir, pero tenéis la lengua demasiado suelta, a pesar de no haber querido catar la cerveza de vuestro amigo el enano. No es necesaria ninguna audiencia, puedo hablaros bien claro aquí mismo: sabemos de la amistad de Arthedain con los Elfos, esa gente extraña y traicionera. ¿Pensáis que no nos damos cuenta de que vuestro rey pretende cerrar con ellos una pinza en torno a Rhudaur para reclamar nuestras tierras? Ah, pero este matrimonio lo cambiará todo. La alianza de nuestro reino con Cardolan pondrá límites a vuestra ambición de una vez por todas.

—No es la ambición de Arthedain la que debería preocuparos, mi señor Mayordomo, al norte de nuestros tres reinos hay un mal que cada día se hace más fuerte —respondió el embajador.

—Basta —interrumpió el rey. —Vais a amargarme la cena con tanta política. Como ya te dije, Hirgon, tiempo habrá para que hablemos después de mi boda.

El embajador asintió y no dijo nada más hasta poco después, momento en que se excusó en el cansancio del viaje para marcharse a sus aposentos. Náli, que lo vio irse, no tardó en seguirlo en cuanto tuvo ocasión.

La habitación que habían preparado para Hirgon era fría y austera. Por mobiliario no tenía más que un sencillo catre, dos taburetes, y un arcón. La habían situado cerca de las caballerizas del castillo, atravesando el patio de la fortaleza. El enano también había sido alojado por aquella zona, de modo que no resultó sospechoso que ambos se marcharan en la misma dirección.

La vela ya se había consumido hasta la mitad cuando Náli, tras comprobar a conciencia que no había oídos indiscretos, se sentó frente a Hirgon con expresión grave. Le contó todo lo acontecido con el hobbit.

—Hirgon, tienes que marcharte de este castillo. Esta misma noche, ahora que todos están bebiendo y celebrando. Estoy completamente convencido de que querían envenenarte. No te quieren aquí.

—Yo también lo estoy, mi buen amigo.

—¿Entonces? ¿Por qué te arriesgas a tanto?

—No se atreverán a volver a probar lo del veneno. No con la prometida del rey y la gente de su séquito por aquí, si es que Cardolan todavía está gobernado por gente honrada. En cualquier caso, las cosas no están bien en esta corte. No me gusta nada lo que estoy viendo.

—¿Te refieres a ese extraño Mayordomo? Yo también me he fijado en él.

—El rey no dice dos palabras seguidas sin consultarle antes. Brona es un hombre simple, salta a la vista, y temo que el gobierno haya caído realmente en manos de su consejero. —Hirgon hablaba entre susurros. —Me preguntas por qué me arriesgo. Tengo dos motivos. El primero es que mañana llegará la princesa de Cardolan. Creo que estará muy interesada en saber que su prometido no es quien manda realmente en este reino. Pero hay otra razón más... debo encontrar la forma de liberar a mi pequeño salvador. Si no fuera por la confesión del *perian*, es muy posible que tú y yo no podríamos estar hablando ahora.

—¿Te refieres al hobbit? Son dos, en realidad. Milo y su esposa.

Una profunda tristeza cubrió la cara de Hirgon.

—Entonces son tres los motivos, maese enano.

Aquella era una región escarpada, llena de colinas. La tierra era dura y polvorienta, pero lo suficientemente fértil para que aquí y allá, repartidas entre las laderas, sobrevivieran pequeñas aldeas. Se trataba de construcciones sencillas, de barro, madera y paja, pobladas por gentes más sencillas aún. Hombres y mujeres que no hablaban la lengua común y trataban de sacar algo de provecho de aquel suelo.

A pesar de su duro trabajo, buena parte de los frutos de sus sudores se los acababan llevando, casi siempre por la fuerza, los tiránicos caudillos que gobernaban sobre aquella población atrasada e ignorante. Estos eran los hombres de las colinas y la dama debía concienciarse de que bien pronto serían también su pueblo.

Falathiel, princesa de Cardolan, pensó que en nada se parecían a los hombres y mujeres de Cardolan. Aquellos formaban parte de pueblo refinado, amigo del comercio, cuyos valerosos soldados guardaban los puertos y caminos que conectaban el próspero reino de Gondor con todo Eriador. ¿Por qué era, entonces, necesario aquel matrimonio? ¿Por qué apartarla a ella de las comodidades de la corte, o del benigno clima de la costa, para que acabase sus días en aquella tierra tan áspera e inhóspita?

La respuesta la conocía bien y se debía a la delicada posición de su padre en la corte. Desde que la línea de Isildur había desaparecido del reino, las diferentes familias nobles habían convertido el trono en el objetivo de una sangrienta competición. Las intrigas y los asesinatos estaban a la orden del día, por no hablar de la amenaza permanente que suponía que el rey de Arthedain pudiera reivindicar la legitimidad sobre el trono. Por si todo eso no fuera suficiente, las razias de los orcos eran cada vez más frecuentes. Todo aquello estaba dañando profundamente al reino, desde fuera y desde dentro.

Pero lo que verdaderamente terminaba de empeorar la situación era su padre no había tenido hijo varón y el único candidato para sucederle era un sobrino que no contaba con buena salud. De alguna manera había que reforzar su posición o los cuchillos volverían a

hacer su trabajo. Algunos consejeros habían propuesto que un matrimonio con el rey de Rhudaer podría mantener las pretensiones de Arthedain a raya, reforzar el comercio con el noreste y aportar hombres para la defensa de las fronteras. Para Falathiel era un verdadero sacrificio abandonar su hogar, pero suponía la única garantía de consolidar la casa de su padre y devolver la estabilidad a su reino.

No viajaba sola. Su caballo era guiado por un paje y un caballero heraldo la escoltaban, junto a otros cuatro hombres de a pie. Todos llevaban largas cotas de malla, cascos de acero y largas lanzas; y se cubrían con capas de color azul marino. Detrás de ella montaba su aya, una mujer anciana y sabia que a ella había servido a su difunta madre.

El nombre de Falathiel nombre era proclamado por los heraldos a pasar por cada aldea y los hombres de las colinas se juntaban para ver a su futura reina.

Azul como las capas de sus hombres era el vestido de la dama. No llevaba más joyas que una sencilla gema aguamarina que le regalase su padre al cumplir la mayoría de edad y que pendía de una finísima cadena de *mithril*. También azul era el velo que cubría su rostro y que debía mantener puesto hasta que se celebrase la boda.

—Mi señora, mirad —dijo el paje, poco más que un niño, señalando al horizonte.

Entre las diferentes colinas destacaba una de ellas, por su mayor altura y también por lo retorcido de sus formas. Sobre su cima, se erguía una fortificación de aspecto extraño.

—Cameth Brin... —murmuró Falathiel, mientras sentía el peso del deber invadiendo su pecho. El aya pareció darse cuenta de los sentimientos de la dama y se puso a su altura.

—Debéis estar tranquila, mi joven señora. Esa fortaleza no debe haceros palidecer. Sois una señora de los Dúnedain, como los que la mandaron construir hace siglos.

No tardaron en llegar a los pies de la colina. Toda la ladera se había llenado de grupos de tiendas repartidas aquí y allí, como los hongos que invaden un árbol muerto. Era la mañana y, ante la poderosa voz de su heraldo, de las tiendas salían los guerreros de las colinas, vestidos solo con pantalones. Se trataba de hombres duros, de mirada torva y rostros peludos, que recibían con gritos de júbilo a la dama de Cardolan.

Desde la base, la fortaleza resultaba imponente, pero verla llenó a la princesa de una sensación de melancolía. Se trataba de una alta atalaya rodeada de una muralla de piedra. Había sido construida con técnicas avanzadas de cantería, en un estilo sobrio y elegante, pero parecía haber sido reconstruida en tiempos recientes por artesanos mucho más toscos. En algunas partes de sus muros, los bien cortados sillares de piedra eran sustituidos por rocas bastas puestas unas encima de otras de cualquier manera.

El cortejo subió hasta la puerta, vigilada por dos guerreros. Los guardias llevaban escudos hexagonales sobre los que habían pintado los símbolos de sus clanes y esgrimían espadas cortas de hoja recta.

—¿Quién va? —dijo uno de ellos.

El caballero de la dama se adelantó.

—La señora Falatheil de Cardolan, hija del rey Aeranion. Solicita que abráis el portón, pues celebra nupcias con vuestro señor.

Al oír esto, uno de los guardias miró de arriba a abajo a la princesa y dio un largo silbido. El otro guardia se rió ante aquel atrevimiento. La dama, consciente de aquellos desaires, dio una señal a su heraldo. El caballero de Cardolan descabalgó, desenvainó su espada y apuntó al guardia que había silbado.

—Retirad la ofensa.

El hombre de las colinas tragó saliva, pero interpuso su propia espada corta. Su compañero miró a uno y otro, poco dispuesto a meterse en aquella refriega. Finalmente, el del silbido agachó la cabeza, envainó su arma, murmuró unas disculpas y abrió las puertas.

Condujeron a la dama hasta el salón del trono, donde entró acompañada únicamente por su heraldo, que anunció su entrada tras hacer sonar una trompeta de bronce. Tras el anuncio, el caballero abandonó la estancia y ella se quedó sola ante su destino.

Falathiel vio por primera vez a su futuro marido, que la esperaba sentado sobre su trono. Se decía que el rey Brona poseía sangre de los Hombres del Oeste. Si tal cosa era cierta, el único rasgo que había heredado el rey era su altura. En todo lo demás era como cualquiera de sus hombres: llevaba revuelto el cabello cobrizo, era enjuto y nervudo. Miraba a la princesa con ojos oscuros y su boca estaba tapada por completo por un poblado mostacho. Tampoco sus vestimentas eran las más apropiadas: vestía con un manto de pieles y ropajes a cuadros verdes, negros y rojos.

Pero lo que más llamó la atención a la dama de Cardolan fue la corona con la que aquel hombre adornaba su cabeza. Una corona de oro, ancha y cubierta de joyas de todos los colores. Ni los reyes de Arnor ni los de sus reinos sucesores habían ceñido jamás ninguna corona como aquella, solo los hombres menores necesitaban mostrar su poder con semejante ostentación.

—Bienvenida, dama Falathiel —sonrió el rey Brona. —¿Cómo ha sido vuestro viaje?

Ella lo miró a través del velo. ¿A qué estaba esperando para bajarse del trono y ponerse a su misma altura, como correspondía al que pretendía ser su marido, su igual?

—Ha sido un viaje largo, mi señor —respondió al fin. —Suerte que vine con soldados, porque los caminos de Rhudaur están llenos de lobos. ¿No los patrullan vuestros guerreros?

—Mis guerreros tienen problemas más importantes de los que ocuparse que cazar bestias, mi señora, ya lo comprenderéis cuando seáis mi reina.

—Sin embargo, en varias aldeas los vi amedrentar a los campesinos para que les entregaran la cosecha. Además... debo deciros que vuestros guardias son indisciplinados y no saben comportarse.

Brona se crispó y se agarró a su asiento. ¿Quién se creía que era aquella mujer para hablarle de esa manera? Él se encargaría de domarla, pero no todavía. Lo importante era que la boda se celebrase, conseguir cerrar la alianza con Cardolan era fundamental.

Mientras Falathiel hablaba, una figura salió de entre las sombras. Se trataba del Mayordomo, engalanado con su largo traje rojo. Sin siquiera saludar a la dama, se acercó al rey y comenzó a susurrarle palabras al oído como había hecho el día anterior en presencia del embajador de Arthedain.

—¿Qué es esto? —exclamó la princesa. El Mayordomo interrumpió su cuchicheo y el rey la miró sorprendido.

—¿A qué os referís, mi señora?

—Si voy a ser vuestra reina, los consejos deberán pronunciarse en voz alta cuando vuestros cortesanos se encuentren en presencia de los dos.

El Mayordomo retrocedió dos pasos y después se dirigió a ella, con una expresión seria. Falathiel no sabía decir por qué motivo, pero su rostro le causó asco. Había algo en la mirada de aquel hombre que le helaba el corazón.

—No es propio de las leyes y costumbres de este reino que las mujeres se inmiscuyan en los asuntos de gobierno —dijo el Mayordomo, en un tono que parecía una amenaza.

—¿Y es costumbre que los consejeros hablen libremente, sin permiso de su señor? ¡Dejadnos solos! —respondió Falathiel, con voz templada y segura, la de quien ha sido educada por un rey en el arte de mandar sobre otros hombres.

Todavía sentado en su trono, Brona los miró a ambos. Aquella era una buena oportunidad para demostrar a su futura esposa su dominio sobre sus cortesanos y, de paso, ganarse su confianza.

—¿Es que no habéis escuchado a la señora? Dejadnos solos —ordenó, con voz impostada. El otro hizo una reverencia y se marchó por una portezuela.

El rey se levantó entonces y bajó del estrado. Caminó hasta colocarse a un paso de su prometida. Falathiel le sostuvo la mirada. ¿Podría enamorarse de aquel hombre de aspecto salvaje? Entre su gente, era costumbre que las mujeres no se unieran a hombre alguno si no era por amor o libre elección. En este caso, había sido suya la decisión de aceptar la oferta de matrimonio. Pero era una decisión tomada pensando en el bien de su reino y su casa, no en su propio interés.

—Perdonad a mi Mayordomo. No está acostumbrado a tratar con princesas, pero es un hombre sabio y quiere lo mejor para mi reino.

—No lo he puesto en duda, mi señor.

—¿Es cierto lo que dicen? ¿Sois la dama más hermosa de todo Eriador? —dijo el rey y alargó su mano para subir el velo que tapaba su rostro. Falathiel lo detuvo, interponiendo su propia mano entre ambos.

—No, mi señor. No debéis verme hasta la ceremonia.

El rey Brona bajó la mirada, avergonzado como un niño, lo que hizo que la dama se preguntase qué clase de hombre tenía en frente. Incluso entre las casas menores de la nobleza de Cardolan había jóvenes con un porte más señorial.

—Dad orden de que preparen mis aposentos. Hasta la boda, estarán alejados de los vuestros, con lugar en ellos para mi propio séquito.

—Así lo dispondré —respondió Brona. Sin la asistencia de su consejero, el soberano de Rhudaaur parecía manso como un cachorro. Falathiel abandonó el salón del trono y fue conducida a otra ala de la fortaleza, donde se dio acomodo a su aya y a los hombres que le habían acompañado en el viaje.

La boda se celebraría al día siguiente. Antes que eso, habría todavía una cena en la que la princesa de Cardolan sería presentada a los vasallos del rey Brona. Los jefes de los clanes llenaron una vez más el gran comedor, dispuestos a disfrutar de nuevo de los manjares de la mesa de su señor.

En aquella segunda ocasión, la mesa de honor se acomodó únicamente para los prometidos, flanqueados el rey por su Mayordomo y otros cortesanos y la dama por su aya y el caballero. Los ruidosos guerreros llenaron las otras tres mesas. Entre toda aquella masa

vociferante, dos figuras llamaron la atención de la princesa: un enano y un hombre que en nada se parecía al resto.

La cena discurrió como una sucesión de brindis y loas a la prometida. Uno de los jefes, que se tenía por buen bardo, dedicó una balbuceante poesía a su futura reina. Otros muchos fueron pasando a dejar diferentes regalos ante la mesa principal: espadas, yelmos, pieles de oso, joyas de oro y de plata... Todo tipo de presentes que inflamaron el orgullo del rey Brona.

Entonces, después de que todos los obsequios fueron dispuestos, se levantó aquel otro hombre. Al verlo de cerca, Falathiel se sintió como si hubiese trasladada a una crónica del pasado. Su altura, su rostro y la seguridad con la que se movía, todo en él le recordaba a las estaturas de los diez grandes reyes de Arnor que decoraban las estancias de los palacios de Tharbad. Aquellos mismos reyes cuyos nombres había aprendido a recitar en su infancia.

—Falathiel, este es Hirgon, de Arthedain. —Fue el rey Brona quien hizo la presentación, con falsa cortesía.

—Hija de la Costa... —dijo Hirgon. Se inclinó y ella sonrió al ver que conocía el significado de su nombre.

—¿Qué regalo nos traes, embajador? —dijo Brona.

El hombre miró al rey directamente con sus ojos grises y profundos y la dama no pudo evitar darse cuenta de que su prometido no era capaz de aguantarle la mirada.

—No son regalos lo que traigo, mi señor, sino advertencia y consejo en tiempos muy difíciles. Gracias a este enlace y, por primera vez en siglos, nos encontramos reunidos representantes de los tres reinos que sucedieron al antiguo Arnor. El Rey Brujo de Angmar ha proclamado su poder en el norte y es una amenaza para nuestros pueblos. Los orcos se multiplican, los trolls bajan de las montañas y hombres malvados acuden de todas partes a su llamada. —El embajador hizo una pausa durante un breve instante y la dama no pudo evitar dirigir su mirada hacia el Mayordomo. —Pero todavía tenemos la fuerza suficiente para oponernos si actuamos unidos. Mi rey Malvegil me ha otorgado el poder para llegar a acuerdos: formemos una coalición y barramos el mal de una vez. Dejemos nuestras diferencias a un lado, ya habrá tiempo de resolverlas.

Falathiel escuchó atenta las palabras de Hirgon y le parecieron sinceras. Aquel hombre de aspecto joven, aunque más viejo que la mayoría de los presentes, hablaba desde el corazón de una amenaza que conocían bien en Cardolan. Quizá todavía era posible la paz entre los tres reinos, si todos llegaban a un compromiso.

El rey Brona, en cambio, soltó una sonora carcajada.

—¡Me haces reír, embajador! ¿Qué ha pasado con el orgullo de los hombres de Arthedain? ¿Tanto han asustado a tu rey, ese viejo loco, las noticias de mi matrimonio con la dama Falathiel? ¿Es que teméis perder la Cima de los Vientos? ¡Se de buena tinta que en este mismo momento estáis fortificando sus defensas, a pesar de que no se sitúa al norte de vuestras fronteras! ¿Y por qué consideráis que tenéis derecho sobre ella? Únicamente tratas de distraernos con palabras agoreras para que miremos a otro lado mientras preparáis la guerra contra nosotros. Te diré que exageras, Hirgon hijo de Elphir, cuando te refieres a ese Rey Brujo. Hablas de él como si el Señor Oscuro hubiera retornado, pero no es más que el caudillo de un puñado de bandas de trasgos. ¡Ándate de vuelta a Fornost con tus cuentos de viejas, embustero!

La dama observó la reacción del embajador, que se mantuvo calmado ante los insultos de su prometido, pero no rebatió sus argumentos. Pensó entonces que el emisario podía tener sus razones, pero la realidad imponía las suyas. Ciertamente, el rey de Arthedain debía considerar una amenaza una alianza de los otros dos reinos y, además, estaba el asunto del príncipe Argeleb. El hijo de Malvegil, según se decía, era un hombre terrible, belicoso y violento que había prometido invadir los otros reinos en cuanto heredase el trono de su padre. Eran esas pretensiones, de restaurar el reino de Arnor por medio de la violencia, las que se ocultaban detrás de las palabras de Hirgon.

Las formas de su futuro marido bien podían ser groseras, pero Falathiel se convenció de que no había otro camino para salvar su reino que continuar adelante con su compromiso.

—Volveré a mi patria esta misma noche, rey Brona, y no asistiré a vuestro enlace si esa es vuestra voluntad. Pero no me iré sin una última petición —dijo el de Arthedain.

—Hazla, si sirve para no volverte a escuchar.

El embajador señaló a las cocinas.

—Mucho han cambiado las leyes de Rhudaur desde que sois su soberano, si se tolera la esclavitud en este reino.

—¿Cómo te atreves? —gruñó el rey.

—En esas cocinas trabajan dos *peraiain*. Representantes de un pueblo bondadoso y pacífico. Trabajan día y noche, cargados con grilletes. ¿Vais a negarlo?

Brona apretó los dientes y notó la mirada inquisitiva de su prometida a través del velo.

—¿Es cierto lo que dice el embajador? —preguntó ella.

—¡No! ¡No son esclavos, sino prisioneros de guerra! Su gente se levantó en armas contra mis hombres...

—Haced que los traigan —dijo Hirgon, desafiante, pero el rey no pareció dispuesto a conceder aquella demanda.

Falathiel murmuró una excusa, se levantó en ese momento y entró ella misma a las cocinas sin que nadie pudiera detenerla. Volvió al cabo de un rato, acompañada de los dos pequeños cocineros que arrastraban sus cadenas por el suelo. Puso la dama sus manos sobre los hombros de la pareja de hobbits y miró al rey.

—¿Son estos los peligrosos guerreros que se levantaron contra vuestros hombres?

La rabia trepaba por la espalda del rey Brona y bien cerca estuvo de desenvainar su espada y hacerle pagar allí mismo al embajador el haberlo sometido a tamaña vergüenza. Lo habría hecho, de no ser por la intervención de su Mayordomo.

—En Rhudaur los crímenes se pagan y la rebelión es un crimen, cualquiera sea el tamaño de quien lo comete. Tenemos la suerte de tener un rey severo y capaz de mantener el orden y la justicia... pero también magnánimo y capaz del perdón —dijo, hablando con una voz suave y dulce y mirando a los cautivos con clemencia.

—Así como habéis dicho es, señor Mayordomo —dijo Brona, recuperando la calma. —Y, en mi magnanimidad, proclamo que los dos medianos serán liberados mañana en cuanto tenga lugar nuestra boda.

—Juradlo, por vuestra corona. Y haced que ya mismo les saquen los grilletes, pues no soporto verlos de esta manera —Falathiel continuaba sosteniendo los hombros de los dos hobbits. Cubierta por el velo, pero alta y orgullosa, así veían los pequeños cautivos a la señora que los había puesto bajo su protección.

Mientras todo esto ocurría, los jefes de los clanes guardaban silencio y miraban. Aquello estaba siendo un desafío contra la autoridad del rey, que parecía estarse dejando dominar por una mujer, y además extranjera. Brona era consciente de ello, pero tuvo que ceder, temeroso de que el enfado de su prometida mandara al traste la boda.

—Si es lo que queréis, mi querida Falathiel, la liberación de esos dos será mi regalo por nuestro enlace. —Se levantó y miró con complicidad a sus hombres. —Así de caprichosas son las mujeres y los maridos hemos de contentarlas. ¿O no?

Los guerreros rieron y dieron golpes sobre las mesas.

—Pues bien —continuó Brona. —Juro por mi corona que los dos cocineros serán perdonados por sus crímenes y mañana mismo podrán regresar a sus agujeros sin nada que temer.

Hizo un gesto y el capataz de las cocinas se apresuró en liberar a los hobbits de sus grilletes. Después se levantó y miró con furia a Hirgon.

—En cuanto a ti, embajador, espero que ahora cumplas tu palabra y abandones mi castillo y mi reino. Ya no eres bienvenido.

El de Arthedain inclinó la cabeza y se dio la vuelta sin mediar palabra. Mientras pasaba, con su capa de viaje ondeando al caminar, los líderes de los clanes lo insultaban, silbaban y le arrojaban pedazos de comida. En cambio, él soportó los agravios y no aceleró el paso. Náli se levantó entonces y siguió a su amigo, amenazando con el puño a los que arrojaban los alimentos.

—Espera, Hirgon hijo de Elphir —llamó el rey. —Es de muy mala educación presentarse en una boda, cargado de demandas y sin traer regalo alguno. Te enseñaré modales y me quedaré con tu caballo como presente. Es de buena raza, así tu descortesía quedará saldada.

El embajador se detuvo, pero no se giró a escucharlo. Abrió la puerta y salió del gran salón acompañado por el enano.

Los grilletes habían dejado una marca en sus tobillos que todavía duraría un tiempo, pero los hobbits habían recuperado su buen humor como si nunca hubiesen estado sometidos a ninguna servidumbre. Milo recogía sus escasas pertenencias en un hatillo cuando notó que Lavanda, en vez de hacer lo mismo, se había puesto de rodillas frente al gran hogar de ladrillo con un cepillo y un barreño lleno de agua.

—Lavanda, querida. ¿Qué estás haciendo?

—No pienso dejar esta cocina hecha un desastre para el próximo desgraciado que la utilice —respondió ella, sin levantar la vista. —No señor Conejera, no se dirá de nosotros que fuimos hobbits sucios y maleducados.

Milo suspiró, pero se arrodilló para ayudarla y fue él quien, al meter el brazo hasta el fondo del tiro para arrancar una costra de hollín, descubrió que los ladrillos cedían.

—Esposa, ven a ver esto.

Un oscuro agujero, lo suficientemente amplio para que un hombre adulto se arrastrase hacia su interior, se abría en uno de los costados de la chimenea. Los hobbits son un pueblo tranquilo, pero es posible encontrar una curiosidad irrefrenable en algunos de ellos. Quizá

fuera por haber permanecido tanto tiempo cautivos, pero esa curiosidad se apoderó de ambos y no pudieron resistirse a ver hasta dónde llegaba aquel agujero.

Recorrieron un pasadizo que descendía en pendiente por las entrañas del castillo. Avanzaron entre tinieblas, guiándose por el tacto de la piedra, hasta que una débil luz rojiza y el sonido de dos voces los hicieron detenerse en seco.

Había una grieta en la pared de aquel estrecho pasillo por la que era posible ver una cámara iluminada por antorchas. Los hobbits miraron a través de la grieta y vieron dos figuras en medio de la oscura sala. Una de ellas era la del rey Brona, arrodillado y con la cabeza, sin corona, inclinada hacia un hombre encapuchado y vestido de negro.

No podían ver el rostro del encapuchado, pero por su voz adivinaron que se trataba del Mayordomo. Extendía una mano sobre la cabeza del rey y sostenía en la otra un libro de aspecto antiguo.

—...para renovar vuestro juramento, decid a quién guardáis lealtad.

—A la Sombra —dijo el rey. —Hasta que todo el Norte se doblegue ante ella.

Atemorizada, Lavanda apretó con fuerza el brazo de su marido. Los dos hobbits volvieron sobre sus pasos en silencio. Antes de volver a las cocinas, se dieron cuenta de que el pasadizo no solo descendía: otro ramal del túnel conectaba con un agujero oculto entre arbustos en la ladera de la colina, a través del que entraba el aire fresco de la noche.

—Parece que sale al exterior —dijo Milo. —Lavanda, tenemos que contarle a la dama lo que hemos visto. Ahora mismo, antes de que sea tarde y se case con ese malvado.

—Iré yo, marido. No es apropiado que un hobbit hecho y derecho como tú vaya por ahí colándose en los aposentos de las señoras.

—Tienes razón... ¡El señor Higon! ¿Estará ya demasiado lejos? Debería salir por aquí mismo y buscarlo. Necesitamos su ayuda.

Lavanda miró a Milo con ternura. Apenas hacía un rato que habían recuperado su libertad e iban a ponerla en riesgo metiéndose en los asuntos de la Gente Grande. ¿Pero no era por ellos dos que volvían a ser libres? Marido y mujer, se dieron un largo abrazo.

—Ten cuidado, Milo Conejera.

—Te quiero, esposa mía. Corre.

La fiesta se prolongaba y los guardias, borrachos ya en su mayoría, no repararon en la pequeña hobbit que se deslizaba entre los pasillos de la fortaleza en búsqueda de los aposentos de Falathiel. Al fin, un soldado la detuvo.

No era un hombre de las colinas, sino uno de los que, vestidos con capa azul marino, acompañaban a la dama de Cardolan.

—¿Quién sois y a dónde os dirigís?

—Mi nombre es Lavanda, del Ángulo. Y vengo a hablar con la distinguida dama que se aloja en estas habitaciones.

—¿Qué queréis de ella? —inquirió el soldado. A pesar de su semblante serio, se dirigía a la hobbit con un tono respetuoso.

—Quiero agradecerle por darnos la libertad a mí y a mi marido.

El soldado sonrió y la dejó pasar. Caminó entonces hasta la puerta de la habitación de Falathiel. A pesar de que estaba cerrada, podía oír las voces de dos mujeres que conversaban al otro lado.

—...Y os digo, mi señora, que todavía estáis a tiempo de negaros. Sois joven y lo seréis todavía por algunos años, no os atéis aún si no estáis del todo segura —decía el aya. En su voz se percibían unas notas de angustia.

—¿Y qué le diré a mi padre? ¿Que dejé caer la única alianza capaz de sostener su trono por un capricho del corazón?

—Sé que pensáis en lo mejor para nuestro reino, pero vos misma lo habéis dicho hace un momento, el rey Brona es un pelele de su Mayordomo.

Lavanda comenzó a sentirse como una fisgona, así que dio dos golpes en la puerta. Fueron tan suaves que casi no se oyeron bajo el sonido del crepitar del fuego, pero el aya se levantó, alerta y temiendo que alguien hubiera escuchado sus últimas palabras. Tuvo que bajar la mirada para descubrir a la pequeña cocinera.

—Mis señoras —dijo Lavanda, azorada y muerta de vergüenza en presencia de tan nobles mujeres. La princesa se había quitado el velo y su rostro era hermoso, pero también triste. —Perdonad que os moleste en mitad de la noche, pero he visto algo que debéis saber antes de que amanezca.

—Pasad y decidme, os escucho —dijo Falathiel. Y el aya cerró de nuevo la puerta.

Una vez dentro, la hobbit contó con todo lujo de detalles acerca del pasadizo que habían encontrado y lo que habían visto en las mazmorras del castillo. Siguió un largo silencio por parte de la dama, pero no pidió más pruebas. No había sombra de mentira en la mirada de aquella mujercilla y con aquello bastaba para tomar su decisión. Se encaminó a la puerta e hizo entrar al guardia.

—Despierta a mis hombres. Nos vamos esta misma noche.

Las primeras luces del día teñían ya el cielo de tonos pastel. Hirgon recorría en solitario la senda que conduce hasta Cameth Brin, con la espada desenvainada por lo que pudiera suceder. El hobbit los había encontrado a él y al enano de madrugada y los había puesto al corriente.

No podían poner en riesgo la vida del mediano, así que Náli se quedó con él en un recodo de camino, donde detuvieron el poni que tiraba de su carro, ahora vacío. El de Arthedain sería el encargado de volver a la fortaleza y tratar de ponerse en contacto con la princesa.

Ya estaba cerca de la Colina Retorcida cuando escuchó que se aproximaban cascos de caballos. No tardó en ver que se trataba del cortejo de la dama y que, para su pesar, no estaba completo. Venían corriendo, con solo dos corceles guiados por las riendas por el caballero heraldo. En uno de ellos montaba la propia Falathiel, cargando a Lavanda entre sus piernas y en el otro su anciana Aya. Los seguía a paso rápido el joven paje. Sin embargo, no había ni rastro de los lanceros de capas azules.

Era la primera vez que Hirgon veía a Falathiel sin el velo. Su cabello era oscuro y sus ojos de un color verde azulado. La dama poseía una belleza casi élfica que lo conmovió, pero más aún lo hicieron las lágrimas que se derramaban desde aquellos ojos.

—Mi señora Falathiel. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Embajador! Entonces nuestro pequeño amigo llegó a tiempo, le debo más de lo que podría pagar en cien vidas. Os contaré, pero sigamos avanzando. Hace un rato ordené a mis hombres ensillar los caballos para marcharnos de Cameth Brin. La pequeña Lavanda había llegado hasta mí con noticias perturbadoras...

—No es necesario que me expliquéis, Milo nos contó todo.

—Como os decía —continuó la dama, tragándose el llanto. —Estábamos ya abandonando la fortaleza y nadie nos había detenido. Los guerreros de Rhudaur dormitaban por doquier después de haber llenado sus estómagos de cerveza y pensábamos que no íbamos a ser descubiertos. Pero alguien dio la voz de alarma y muchos se levantaron y quisieron impedirnos partir. Mis hombres de armas dieron la vida en el portón para que pudiéramos salir.

—¿Os han seguido? —inquirió Hirgon.

—Creo que no... Cuando supieron que nos íbamos, la fortaleza se convirtió en un caos y nadie daba órdenes.

El de Arthedain no hizo más preguntas. El dolor por las vidas de aquellos hombres debía ser grande entre el escaso séquito de la dama. Siguieron caminando hasta encontrarse con el resto del grupo.

Al verlos llegar, Milo saltó del carro y comenzó a dar grandes saltos de alegría mientras gritaba el nombre de su esposa y ella lo saludaba desde el caballo y le lanzaba besos. Aquello devolvió, en parte, el buen humor al corazón de la dama.

—Glirion —dijo Falathiel y su heraldo acudió al momento ante ella.

—¿Qué ordena mi señora?

—Escoltaréis a los dos *perian* de vuelta a sus tierras, en el Ángulo. Ya han sufrido bastantes desasosiegos por mí. Tomad mi caballo y que los dos monten sobre él.

La dama descabalgó y el caballero ayudó a Milo a subir al corcel junto a su esposa.

—Si me fuera posible, os daría mejor protección, así que os cedo toda la que está en mi mano. Nuestros caminos se separan en este momento, Lavanda y Milo del Ángulo. Recordaré por siempre lo que por mí habéis hecho. Espero que encontréis vuestro hogar tal y como lo dejasteis antes del injusto cautiverio al que fuisteis sometidos.

Milo quiso protestar. Después de lo que habían pasado no le parecía correcto separarse de aquellos amigos que, no por más recientes eran menos importantes para él. Pero Lavanda le apretó la mano y solo pudo pensar en volver a su hogar. Los medianos se despidieron y Glirion comenzó a guiar su caballo hacia el sur.

—¡Adiós, pequeños cocineros! ¡El viejo Náli irá a visitaros! —gritó el enano.

—Un momento —dijo Hirgon y corrió hacia ellos para hablarles una última vez. —Sé que vuestro hogar está en el Ángulo. Pero tengo razones para sospechar que las cosas se pondrán cada vez más difíciles por aquí. Si en algún momento deseáis traspasar la frontera, sabed que mi señor el rey Malvegil os acogerá en Arthedain de muy buen grado. Os doy mi palabra.

—Gracias, señor Hirgon —dijo Lavanda.

—Sí... Quizá algunos buenos hobbits quieran conocer vuestra tierra, después de que les contemos que ahí la Gente Grande es noble y honrada —añadió Milo y, al fin, los medianos partieron.

Los viajeros habían alcanzado la ribera del Fontegrís. El camino serpenteaba en un terreno arbolado y el sol brillaba en mitad del cielo. Ya abrigaban la esperanza de haber dejado atrás todo peligro, cuando un grupo de jinetes apareció en el horizonte. Eran más de veinte, con el rey Brona a la cabeza. En lugar de su corona dorada, llevaba un yelmo de acero bruñido y en su mano empuñaba un arco. Uno de sus hombres hizo sonar un cuerno de guerra.

—¡Falathiel! —bramó el rey, que ya no necesitaba fingir ninguna cortesía. —¡Vuelve, mujer, o todos tus amigos lo van a lamentar!

Hirgon no vaciló. Se giró y dio un paso al frente, dejando atrás al resto. Quedó él solo en mitad del camino, enfrentado a los jinetes que se acercaban. O eso pensaba, pues no se había dado cuenta de que Náli había bajado del poni y se había colocado junto a él esgrimiendo su pequeña hacha de tonelero.

—Rey Brona —dijo el de Arthedain, con una voz clara que llegó hasta el otro extremo del camino. —La dama Falathiel ha roto su compromiso y con sobradas razones. Anoche, dos testigos presenciaron como vuestra lealtad traicionaba a vuestro propio reino. ¿Saben vuestros hombres de los oscuros pactos que os traéis con aquel Hombre del Este?

Un murmullo se abrió paso entre los jinetes que acompañaban al soberano de Rhudaur. A punto estuvo la duda de quebrar la débil lealtad que los ataba a su señor, pero la desconfianza que aquellos hombres sentían por el de Arthedain era más fuerte.

—¡Mientes, embajador! ¡No has dejado de mentir desde que atravesaste la puerta de mi castillo! —Brona ya había sacado una flecha y ahora la colocaba sobre el arco, con dos dedos que temblaban de rabia. —Te dije que ya no eras bienvenido, pero has querido volver a cruzarte en mi camino.

La flecha salió disparada con un silbido seco. Hirgon, firme y sujetando su espada con ambas manos, no tuvo tiempo de esquivarla. Sin embargo, algo lo derribó antes de que el maligno proyectil lo alcanzase: Náli se había tirado sobre sus piernas, lo que lo hizo caer al suelo. Fue el hombro del enano el que recibió el flechazo.

—¡Cargad! —gritó el rey Brona, y sus hombres espolearon sus monturas, lanzándose al galope contra el pequeño grupo. Gritaban en su bárbara lengua mientras empuñaban sus espadas cortas.

Hirgon se levantó, tratando de sostener al enano, que se había llevado una mano al hombro y no dejaba de sangrar, al borde de perder el conocimiento. A pesar de ello, todavía sostenía su hacha en la mano. Los dos en medio del camino, como única defensa contra la carga de los jinetes de Rhudaur. Ya los tenían encima cuando una lluvia de flechas, certeras y silenciosas, salió volando desde la arboleda. Seis jinetes fueron derribados en el acto.

La confusión cundió entre el resto, que detuvieron su galope en seco mientras trataban de averiguar el origen de los disparos. Brona trató de controlar a sus hombres, pero hubo una segunda descarga y otros tres jinetes cayeron al suelo. Fueron suficientes para que todos, incluido el rey, huyeran presos del pánico por donde habían venido.

Náli cayó de rodillas, con la cara descolorida, pero Hirgon actuó rápido. Se agachó junto a él y extrajo la flecha con fuerza y cuidado. Después, sacó unas hierbas de su bolsillo, las mascó y aplicó la pasta resultante sobre la herida. Falathiel corrió junto a ellos y buscó entre sus prendas su velo azul, lo rasgó y con él vendaron la herida del enano. Cuando

alzaron la mirada, vieron que un puñado de sombras grises se alejaban entre los árboles, hostigando a los jinetes, que no pudieron reorganizarse y siguieron huyendo hasta desaparecer.

—¿Son elfos, acaso? —dijo Falathiel, maravillada por aquella ayuda inesperada.

—No, mi señora, son nuestros hermanos. Los últimos Dúnedain de estas tierras.
—Respondió Hirgon.

Supieron que estaban a salvo cuando vieron aquel enorme centinela gris que se erguía en medio del paisaje. Se trataba de una torre de dimensiones colosales, construida sobre una colina. El viento, poderoso en aquella región, había erosionado el cerro hasta no dejar otra cosa que la piedra más dura.

—Amon Sûl —dijo Hirgon. —La Cima de los Vientos. El príncipe Argeleb, a cargo de estas fronteras, ha dado órdenes de reforzarla con una nueva muralla. Ya podéis verla, creciendo por sus laderas: es la obra de los constructores de Arthedain, su contribución a la defensa del reino.

Falathiel observó la construcción, admirada pero sin olvidar que aquella torre se trataba del principal punto de disputa entre los tres reinos. Si era Argeleb quien había dado la orden de mejorar la fortificación, aquello era muestra de sus verdaderas intenciones. El miedo acudió al corazón de la dama. Si la alianza con Rhudaur no era posible... ¿qué opciones tendría su reino para defenderse?

Una potente risa la distrajo de aquellos negros pensamientos. Náli conversaba alegremente y dando grandes voces con su paje. El enano le hablaba de las diferentes maderas apropiadas para la fabricación de un tonel y cómo aquello influía en el sabor de la cerveza y el muchacho fingía interés por el discurso del convaleciente.

—La recuperación de vuestro amigo es asombrosa. Si os soy sincera, temí que no superaría la primera noche. Los físicos de mi padre nunca lograrían explicar cómo la herida pudo cerrarse tan rápido.

—Son un pueblo muy resistente —respondió Hirgon. —De todas formas, su recuperación todavía no es completa. Permanecerá un tiempo conmigo, aquí mismo, hasta que sane completamente y pueda volver a su propio hogar.

—Y yo debo volver al mío —dijo Falathiel, volviendo a dirigir su mirada a la atalaya, que sentía como una amenaza. —Gracias, Hirgon. Nuestros caminos se separan en este momento.

—Lo decís con voz amarga, mi señora. ¿Qué os preocupa? Vuestro padre lo entenderá todo, una vez se lo contéis.

—No es el juicio de mi padre lo que llena mi voz de amargura —dijo Falathiel. Y miró al de Arthedain. Después se sacó el colgante con la gema de aguamarina y se lo puso al embajador entre las manos. —Llevadlo, como un recuerdo de nuestra amistad.

Él sostuvo unos instantes la joya, acariciándola con ternura, pero se la devolvió.

—No me corresponde a mí este presente.

—Cogedlo, pues es todo lo que puedo daros. Ojalá mi corazón fuera libre de escoger entre la felicidad y el deber... Pero debo servir a mi rey y desposar al hombre que sea más

conveniente para el bienestar de mi reino. Sois noble, Hirgon hijo de Elphir, mucho más noble que otros de mayor nombre y mejor casa. Estoy segura de que vuestra valía será bien recompensada por vuestro señor.

Hirgon la miró directamente a la cara, con sus ojos grises y penetrantes.

—Creo que es justo que os muestre algo, Hija de la Costa, pues no he sido del todo sincero con vos. —De entre sus bolsillos, Hirgon sacó un anillo y lo colocó en su propia mano. Llevaba grabadas dos serpientes entrelazadas, con ojos de esmeralda. Las sierpes sostenían y devoraban una corona de flores doradas. Falathiel reconoció el anillo y se sorprendió mucho al verlo.

—Es el anillo de Barahir, si no me engañan mis ojos. Eso me hace comprender muchas cosas, como el milagro que habéis obrado con Náli: las manos del rey son manos que curan. Pero eso significa que vos sois el mismo Argeleb y no su embajador. —Falathiel hablaba con dureza. —Me habéis mantenido engañada, a pesar de que desde el primer momento vi en vos una majestuosidad que no se corresponde con un hombre de una casa menor.

—Así es, Falathiel y os pido disculpas por el engaño. En efecto, soy Argeleb, hijo de Malvegil, heredero de Isildur.

La dama guardó silencio durante un largo instante. Un viento frío agitaba su cabello suelto y los pliegues de su vestido azul. Después, se apartó dos pasos.

—Varios consejeros de mi padre me hablaron acerca del príncipe Argeleb. Dijeron que sois un hombre violento, despiadado y que no desea otra cosa que hacer correr la sangre para reclamar lo que considera suyo. ¿Qué tiene esto que ver con el hombre que tengo delante? ¿A quién debo creer?

—¿Son esos cortesanos los mismos que os aconsejaron el matrimonio con el rey Brona? Mi señora, el Enemigo teje intrigas, esparce rumores y sus agentes se ocultan más cerca de lo que pensamos. Y, si bien estoy dispuesto a reclamar lo que es mío por derecho, no deseo que me veáis como una amenaza, sino como un amigo. Os juro que jamás dirigiré mi espada contra Cardolan, pues no quiero ver en vuestros ojos un brillo diferente al de la felicidad y la esperanza.

—Como un amigo, decís... —Un leve temblor sonó en la voz de Falathiel, pero pronto recuperó su firmeza. —Estos días he visto a un hombre que estuvo dispuesto a enfrentarse contra una hueste entera por defender mi decisión, que se jugó la vida por liberar a los más humildes de un yugo injusto y que salvó a su amigo de las garras de la muerte.

—¡Dos veces! —gritó Náli el enano. Se dieron cuenta entonces de que todo el séquito observaba la conversación de ambos y los dos príncipes se apartaron.

—¿Y qué decís sobre ello, mi señora? —preguntó Argeleb, una vez estuvieron suficientemente lejos como para no compartir sus palabras con nadie.

Ella no respondió a su pregunta, pero lo miró a los ojos, escrutando su mirada.

—¿Creéis que Rhudaur ha caído bajo el influjo de Angmar? ¿Es ese el peligro que enfrentamos? —La pregunta de la dama cogió por sorpresa al príncipe.

—Es difícil de saber, mi señora, solamente por el relato de los *peraiain*. Lo que está claro es que su rey no controla su propio reino y eso ya es algo que debería preocuparnos.

Ella asintió.

—No soy una niña, Argeleb hijo de Malvegil. Conozco mi deber, pero no estoy dispuesta a ser un peón en la partida de los reyes. Mi reino no ansía otra cosa que la paz, pero vos os estáis preparando para una guerra inminente. Sí, lo que decís acerca de Rhudaur es cierto, y urge una coalición entre nuestros reinos. ¡Hablad con claridad! ¿Cuál es el pago que exige el heredero de Arthedain, para que yo pueda llevar vuestro mensaje ante mi rey?

El príncipe se adelantó, cerró sus manos en torno a las de ella e hincó una rodilla en tierra.

—Quiero que digáis a vuestro padre lo siguiente. Que el príncipe Argeleb le hace exactamente la misma oferta de alianza que le hiciera Rhudaur. Y si acepta, vendrás conmigo a Fornost, como quien se convertirá un día en la reina de Arthedain y, si el destino tiene a bien conceder mi voluntad, de todo Arnor restaurado.

Ella cerró los ojos un instante y cuando volvió a abrirlos todas sus dudas habían desaparecido.

—Trasladaré vuestra oferta a mi padre, mi señor —dijo, con lágrimas en los ojos. —Y si tiene a bien acceder a ella, entonces el deber y la felicidad serán para mí una misma cosa. Aceptad, príncipe de Arthedain, el colgante que os ofrezco de nuevo, pues yo soy libre de darlo a quien me place.

Argeleb se levantó lentamente. Falathiel soltó sus manos y colocó sobre ellas la gema aguamarina, que el príncipe tomó y guardó como el mayor de sus tesoros. Después de aquel gesto, volvieron con el resto del grupo.

—Tenéis todavía unos días de camino por delante. Ahora iré junto con Náli a Amon Sûl y os enviaré una escolta de caballeros —dijo Argeleb y se despidieron con la esperanza del reencuentro.

Mientras se alejaban, un poderoso vendaval se levantó. El viento arrancó un pedazo de la tela que envolvía el hombro del enano. El trozo de velo, azul y rojo de sangre, salió volando por el Camino Real junto a la Cima de los Vientos.